

Doña Emilia y su “habitación privada”: cuestión de pálpitos, cien años después de su muerte

Por Pilar Úcar Ventura.

Según Virginia Woolf, “una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir novelas”. Woolf observa que las mujeres han sido apartadas de la escritura debido a su pobreza relativa, y que la libertad financiera les traerá la libertad para escribir. Y sigue: “En realidad, si la mujer no hubiera existido más que en las obras escritas por los hombres, se la imaginaría uno como una persona importantísima; polifacética: heroica y mezquina, espléndida y sórdida, infinitamente hermosa y horrible a más no poder, tan grande como el hombre, más según algunos. Pero ésta es la mujer de la literatura... en la práctica, es totalmente insignificante. En la Historia casi no aparece. En la literatura domina la vida de reyes y conquistadores; en la vida real, sabía apenas leer, apenas escribir y era propiedad de su marido”.



Difícil escribir algo nuevo acerca de la insigne figura de Emilia Pardo Bazán. Mi deseo, hacerlo sin detenerme en sus obras tan ampliamente estudiadas por especialistas: me gustaría sobrevolar su personalidad, sus múltiples facetas que configuran un carácter singular y muy significativo: a doña Emilia le toca vivir en un siglo muy convulso política y socialmente. Y como consecuencia, culturalmente.

El mundo de las ideas se hace eco de todos estos pálpitos y en ella encontramos a una mujer prolífica, políglota, polígrafa... poliédrica. Hoy diríamos multitask y mujer orquesta.

El padre de la condesa, a diferencia de otros progenitores de féminas ilustres, fue un liberal que avivó la curiosidad y el afán de saber de su hija hasta el extremo de solicitar al Vaticano licencia para que accediese a lecturas prohibidas; resultó un firme convencido de que la mujer es igual al hombre.

Nacida en A Coruña, “Marineda” en sus libros, hija única de los condes de Pardo Bazán y educada de forma esmerada en un entorno aristocrático, jalearon su carrera literaria: *“Mira, hija mía, los hombres somos muy egoístas, y si te dicen alguna vez que hay cosas que los hombres pueden hacer y las mujeres no, di que es mentira porque no puede haber dos morales para dos sexos”*.

Así lo interiorizó Emilia que, desde muy temprano se postuló como una feminista combativa y activa. Luchó por la independencia de la mujer y cosechó incontables ataques y críticas por parte de los sectores más conservadores. Pero poco le importó.

Viajera y políglota, editora, “conferenciante” y ateneísta (la primera mujer que consigue traspasar esta institución), poeta, ensayista y novelista. Madre, esposa, amante y colega.

Mujer avispada e inteligente, consciente de su responsabilidad como autora de contenidos enjundiosos, nada blandengues: pico pala, cuño y cuña para hacerse un hueco en el panorama literario, masculino, por supuesto.

Según plumas varoniles, el mundo femenino era una pavada, lastrante y tedioso. Poco tenía la Pardo Bazán de “moñas” ni de ingenua, robusta de físico y de ideas. Libre, muy libre. Recibe el aplauso de don Benito por su escritura, el ninguneo del “machirulo” de Valera y la reticencia del “enrocado” Clarín. Resulta una gran entomóloga que disecciona la realidad, desbroza las relaciones humanas y lo vuelca todo en un lenguaje descarnado y auténtico, genuino, como ella

misma: se mueve con gran habilidad por uno y otro registro idiomático reproduciendo el habla particular de sus personajes. Mujer de armas tomar, se pone el mundo por montera y molesta, mucho. Incomoda a quien como ella que escribe, habla, discurrea y que sin pelos en la lengua analiza, describe, cuenta, narra.

Doña Emilia es mucha Emilia. Algunos querríamos invitarla a unas cañas o a tertuliar con ella. Poco postureo, la verdad.

Más allá del tracamundeó anecdótico amoroso, sobresale su valía como una profesional muy formada en la construcción narrativa. No fue profeta en su tierra, estaba claro, pero en ocasiones “dormía con el enemigo”: le pasaban la mano por el lomo y luego le hacían la peineta.

Lideresa, rodeada de colegas —masculinos— algunos timoratos y melifluos. Lectora y escritora atrevida, sin tapujos, ni rodeos: envuelta en tafetanes y miriñaques, al pan, pan...sin dobleces, que España no estaba para confeti. Lo que escribe no es puro pasatiempo, ni ocio para entretener.

Junto a Concepción Arenal, Sofía Casanova y Gertrudis Gómez de Avellaneda forman el grupo de mujeres intrépidas: instruidas todas ellas y no contrincantes que hostigan. Homenajes y celebraciones, recuerdos imborrables, muchas lecturas de sus libros...

Y sí, doña Emilia, trató temas repugnantes que avergüenzan y sonrojan. Más allá del tracamundeó que se trajeron entre don Benito, Lorenza Cobián, Lázaro Galdeano, Carmen Morell..., con su producción literaria se perpetúan las escenas violentas, incluso escabrosas, pasiones tormentosas, paisajes provocadores y paisanos tentadores, sentimientos desbocados, poca imaginación; roza el modernismo y penetra en el discurso noventayochista al que suma la filosofía de Nietzsche. Habla y escribe. Y lo hace muy bien. Parece la quimera mitológica que engulle lo que encuentra a su paso y lo transforma en contenido matérico. Sensualidad y decadentismo a raudales, juegos amorosos y realidad carnal, denuncia y crítica, sin fisuras ni artificios.

En su obra emergen de la profundidad abisal, fuerzas oscuras que claman al exterior, gritan ayuda y piden libertad. Lo irracional se impone desde el subconsciente. Ética y estética, la naturaleza de los actos humanos en páginas que vibran y viven. Tragedia y comedia a partes iguales, que nuestra gallega, condensa y mezcla. A veces histriona, teatral. Poco elusiva, muy plástica, intensa y gráfica. Lo primitivo a flor de piel.

Todo es puro torbellino. Pálpitos y más pálpitos.

El ser impelido por lo atávico: obsesiones renuentes que explotan. El paisaje mimetiza con el sentir, deviene un personaje más con su propio ánimo. Desmesura e hipérbole.

Así era Emilia Pardo Bazán en sus obras. En muchos de sus comportamientos vitales, en muchas de sus empresas e intenciones. Una fuerza arrolladora. Cubre sus páginas de grandes gestos, diálogos y gritos, actitudes hieráticas y pulsiones, todo a la vez, todo en pura antítesis.

Perspicaz e intuitiva, la escritora fabula lo real y realiza lo fabuloso: el triple salto mortal sin red: palpa la presencia de la muerte y el misterio; arranca sus evanescencias para plasmar lo auténtico. Le faltó mayor reconocimiento en vida y le sobró ser vilipendiada.

Quizá algunos la ven sospechosa de superficial y frívola por su cuna aristocrática: la mujer culta que sabe hablar donde solo lo hacen los hombres, gusta, impresiona y da miedo, y el imaginario masculino se dispara porque unos y otras han de medirse, se retan como si fueran dos máquinas de tren que pueden chocar y a ver quién descarrila.

Su origen, fue un privilegio: rancio abolengo y apellidos de ringorrango que le permitieron ser libre y hacer uso de dicha virtud: un premio en aquel entonces. Ideóloga y pensadora, con una perspectiva de visionaria y anticipadora de nuevos tiempos a diferencia de los casposos y con tufo a naftalina con los que tuvo que bregar.



El realismo de doña Emilia es un realismo mítico: la realidad pasa a ser explicada como lugar de encuentro y lucha de las fuerzas elementales. El enfrentamiento del hombre con su sociedad es transformado en el enfrentamiento del hombre con el destino.

Siempre defendió su libertad individual así como el derecho a la educación de las mujeres y criticó ferozmente la indiferencia social ante lo que calificó de “mujericidios”, “feminicidios” o “ginecidios” y se negó a aceptar los dictámenes de una sociedad intolerante y opresiva. Se dio de bruces con mentes cerriles, pero lejos de achantarse, seguía en su empeño y se convirtió en dueña de su propia vida: vivir exclusivamente del trabajo literario, sin recibir nada de nadie.

Todo le interesó y a todo le dio una vuelta o más.

Muchas escritoras del pasado tuvieron que escribir a escondidas o tras un seudónimo para ver sus obras publicadas. Emilia se negó siempre a tal cosa. Ella era “Emilia Pardo Bazán” y, como tal, firmaba sus títulos, aunque ello le supusiera el menosprecio de escritores y académicos.

